

Viaje al Madrid de la cultura

Luis Carandell Robuste *

En el tiempo en que el ejercicio de las artes y las letras no recibía aún el nombre de cultura, Madrid ocupaba un lugar importante entre las ciudades del mundo. Al poco tiempo de su fundación como capital de un reino, a mediados del siglo XVI, bajo Felipe II, los escritores, los pintores, los pensadores y humanistas que aquí nacieron y los que vinieron de toda España dieron a la ciudad lo que ahora llamaríamos una vida cultural de primer orden. No hay más que recorrer los museos de la ciudad, y especialmente el Museo del Prado, y recordar que una gran parte de lo que llamamos literatura española es, desde entonces, literatura de Madrid, para darse cuenta del papel que la ciudad desempeñó en el desarrollo cultural de España y de las naciones de habla española.

De su pasado le queda a Madrid hasta hoy un poso, un hábito, una costumbre de vida cultural. A lo largo de la historia ha habido varias decadencias y también varios renacimientos, pero la gente de Madrid, los que aquí nacieron y los que llegaron a esta «ciudad sin forasteros», mostró siempre una disposición muy favorable a acoger como suya toda forma de cultura. El mismo lenguaje barroco, elíptico, de los madrileños, su propensión a hablar interminablemente, en mentideros y tertulias, de cosas en apariencia inútiles, su capacidad de aceptar «novedades», revela hasta qué punto la cultura literaria y artística influyó en la formación de la manera de ser de la ciudad.

Madrid es, por sí misma, un tema literario, y en todas las épocas ha habido una literatura de Madrid, que tomaba a Madrid como protagonista, con obras que van desde un mísero costumbrismo localista hasta creaciones que han llegado a ser universales. Esta ciudad, que está todo el día, y parte de la noche, en la calle, que padece del mal de claustrofobia, que habla por los codos, ha sido una constante provocación para la imaginación de los escritores y de los artistas. Esta es una ciudad donde se habla como se escribe y no al revés; quiero decir, donde el lenguaje popular reproduce a su manera la prosa literaria que ha ido impregnando los muros de la villa. Madrid es el reino de la hipérbole, figura que consiste en aumentar o exagerar aquello de lo que se habla, subrayando así literariamente lo que se quiere decir. Ahora se tiende a interpretar como «cultura» solamente aquello que aparece con este rótulo en las carteleras de teatro, de cine, de exposiciones o conciertos, o en las «convocatorias» de los pe-

* Periodista y escritor

riódicos. Para tener un concepto global de la cultura de la ciudad no serían suficientes estas manifestaciones. Hay que tener en cuenta también la importancia que tuvo siempre, y muy especialmente, en esta ciudad la existencia de una cultura oral que, sin llevar la hoy prestigiosa etiqueta de «cultura» ha ido dejando en las viejas barricas de la historia urbana, como pasa con las madres de los vinos añejos, ciertos posos que han influido decisivamente en la historia cultural de Madrid.

Tampoco sería exacto sostener que la cultura de Madrid comienza en el momento en que la ciudad se convierte en la capital de las Españas, aunque la que desde entonces se ha venido haciendo en la ciudad sea la más conocida, la más importante y las más característicamente madrileña. El Madrid capitalino al que llegó gente de todas partes atraída por el brillo de la corte fue en muchos aspectos heredero de la villa, ya desde la Edad Media, frecuentada por los reyes, que a su vez era sucesora de un burgo musulmán. Y si tuviéramos que remontarnos aún más en nuestro viaje cultural por el tiempo, podríamos encontrar quizá un Madrid visigodo que sucedió, tal vez, a un poblado romano, y también, aunque esto no pase de ser una curiosidad anecdótica, un Madrid legendario.

El poblamiento de las orillas del río Manzanares se remonta, como es bien sabido, a tiempos aún mucho más antiguos, a épocas en que lo que había de ser Madrid no llegaba ni siquiera al estado de proyecto. Cuando, a mediados del pasado siglo se inició el interés por la Prehistoria, los arqueólogos Casiano de Prado, Ezquerro del Bayo y otros encontraron en las graveras del río Manzanares un extraordinario yacimiento con testimonios de la presencia humana desde una antigüedad de más de trescientos mil años. Pocas ciudades en Europa o en el mundo cuentan en sus inmediaciones con yacimientos como los hallados en Madrid en las terrazas y cerros que dominan su río, comprendiendo desde el Paleolítico Inferior hasta el Neolítico. El viajero interesado podrá ver en el Museo Arqueológico Nacional las hachas de sílex o las puntas de flecha con que los cazadores paleolíticos cazaban en este lugar el reno, el rinoceronte o el elefante «anticus», que por aquellas épocas poblaban la cuenca del río Manzanares. Las graveras donde estos restos fueron encontrados se utilizaron a lo largo de los siglos para la construcción de la ciudad, y el acarreo de los materiales destruyó y dispersó muchos de estos testimonios. Ha podido demostrarse que no pocos de los edificios más antiguos de Madrid ocultan en sus muros de mortero armas e instrumentos de los cazadores prehistóricos. En la época en que no se había iniciado aún el estudio de la Prehistoria, las hachas y armas paleolíticas eran llamadas comúnmente «piedras del rayo», porque se pensaba que era el fuego del cielo y no la mano del hombre el que los había labrado. Quizá fue la abundancia de estas piedras en las orillas del río de Madrid y en las construcciones de la ciudad lo que hizo decir a los antiguos cronistas que Madrid estaba «cercada de fuego»

Históricamente se ha pretendido encontrar el origen de Madrid en una fundación griega que habría dejado como testimonio un dragón esculpido en el dintel de la desaparecida Puerta de Balnadú. No falta quien la identifique con la romana Ursaria, nombre que alude a los osos que existían en la región, un animal que, encaramado al madroño, figura aún en el escudo de la ciudad. La existencia de poblados romanos en esta zona del centro de la península está probada por fuentes históricas.

En el Itinerario de Antonino, en las Tablas de Ptolomeo se mencionan poblados como Miacum, Titulcia, Varada, que quizá sea la actual Barajas,

Vallis Egas, que corresponde a Vallecas, Vicus Alvari, la Vicálvaro de hoy, y otros. La ciudad más importante de esta región carpetana era Complutum, que se llamó después Alcalá de Henares. Por la actual provincia de Madrid pasaban calzadas romanas que formaban parte de la red de las vías peninsulares.

No hay capital que se precie que no tenga su leyenda y Madrid también la tiene, aunque no se sabe muy bien si viene de antiguo o pudo ser inventada en algún momento de la historia. Un escritor madrileño, don Federico Carlos Sainz de Robles, asegura en uno de sus libros que fue un canónigo barcelonés llamado Francisco Taraja el primero que captó o inventó la leyenda de Madrid. Lo hizo en un libro impreso hacia 1560 y titulado *De origine et rebus hispanicae*, deseoso quizá de dar a la que estaba a punto de ser capital de España cierta divina prosapia. Según esta leyenda, la diosa o semidiosa Manto, que según unos era hija de Hércules y según otros del adivino tebano Tiresias, tuvo de su matrimonio con el rey de Toscana, Tiberio, un hijo al que puso de nombre Ocno Bianor. Este príncipe salió de tierras itálicas con un grupo de leales y se dirigió hacia Occidente hasta llegar al cerro que domina el río Manzanares, donde fundó una ciudad a la que llamó, en recuerdo de su madre, Mantua Carpetana. Con esta leyenda Madrid quería probablemente rivalizar con lo que en la antigüedad había sido Roma. En la Mantua itálica había nacido Virgilio, el poeta que dio forma definitiva a la leyenda del origen de Roma.

Lo que no tiene nada de legendario y acerca de lo cual poseemos ya datos históricos es el hecho del origen árabe de la ciudad de Madrid. Una de las cosas que el viajero no deberá dejar de hacer, si desea conocer la ciudad y su historia, es subir a una de las torres del centro para ver desde arriba los tejados de tradición árabe de los edificios del barrio antiguo. Vista desde la altura, esa zona de Madrid tiene algo de pueblo manchego. En el solar donde hoy se alza el Palacio de Oriente estuvo hace ahora unos 1.150 años el alcázar musulmán fundado por el príncipe Al Mundhir, hijo del emir Mohammed I y nieto de Abderrahman II, para proteger Toledo de las incursiones de los Reinos Cristianos del Norte. Sobre lo que había sido un oscuro poblado visigodo y romano surgió una ciudad campamento, un **ribat**, que al poco tiempo tendría, para guardar la **almudena**, la ciudadela, y la **medina**, la ciudad, dos cercos de muralla. La llamaron **Mayrit** o **Magerit**, adaptación árabe del ya antiguo nombre de **Matrice** que aludía a la abundancia de vías o **viajes** de agua de su subsuelo.

«Madrid castillo famoso que al rey moro alivia el miedo», escribió un poeta del siglo XVIII, don Nicolás Fernández de Moratín, al hablar de aquella fortaleza que dio origen a la fundación de una ciudad en el «ilustre cerro» que ciñe el río Manzanares, entre la sierra que separa las dos mesetas y la Sagra toledana. Un historiador y geógrafo árabe, Al-Himyari, da casi la fecha exacta de la fundación de Madrid. Debió de ser, según el cálculo que sobre esta referencia histórica hace el investigador Manuel Montero Vallejo en su documentado libro **El Madrid Medieval**, no antes del año 860 ni después del 886, que marca el fin del emirato de Mohammed I.

La ciudad, atacada desde entonces por los reyes leoneses y castellanos, fue finalmente conquistada por Alfonso VI en el año de 1085. Fue musulmana, por tanto, durante más de doscientos años, y continuó siendo **morisca** durante muchos más, pues, al decir de este investigador, la estructura de la almodena no sufrió, con pocas excepciones, cambios im-

portantes hasta las reformas introducidas por Felipe II cuando convirtió a Madrid en capital de sus reinos. El siglo XIX conoció todavía la disposición de la ciudad islámica.

Montero describe con precisión la que fue «ciudad notable de Al Andalus», según los viajeros árabes. Menor en importancia que la rica Toledo, Madrid tenía varias mezquitas, algunas de las cuales fueron transformadas después en iglesias cristianas en las que pueden verse aún testimonios de su primitivo culto. Era una ciudad de gran pujanza agrícola, propiciada por el desarrollo de los regadíos. Había alfares que fabricaban «ollas madrileñas» y cañerías para la conducción de las aguas. Había tenerías y herrerías. Y fue zoco importante, con varios mercados en la ciudad, uno de ellos en lo que hoy se llama, recordando su origen, Plaza de la Paja. Otros nombres del callejero madrileño, Puerta de Moros, calle de la Morería, son aún recuerdo de esa época. La patrona de Madrid es la Virgen de la Almudena, encontrada, como indica su nombre árabe, en la muralla de la ciudadela.

Parece haber tenido entonces Madrid una importante vida cultural. Aquí nacieron juristas, literatos, historiadores y científicos árabes. El más famoso de éstos fue Abul Qasim Maslama, llamado Al Mayriti, «El Madrileño», traductor de Ptolomeo y estudioso del astrolabio, cuyos tratados fueron vertidos por la Escuela de Traductores de Toledo, en el Reinado de Alfonso X El Sabio.

De la época de la conquista cristiana de la ciudad es un personaje que ha tenido y tiene mucha importancia en su vida espiritual y cultural. Se trata de un modesto labrador que vivía fuera de las murallas en algún lugar próximo a lo que es hoy la Puerta del Sol. Isidro Quintana, que así se llamó en el siglo el que llegó a ser Santo Patrón de Madrid, era criado de un rico hacendado llamado Juan de Vargas, a quien algunos llaman Iván por una mala lectura de la grafía de la época. Junto a la Plaza del Cordón hay una vieja casa que dicen perteneció o, más bien, en cuyo lugar estuvo la casa que perteneció a Juan de Vargas; Isidro, su criado, era un hombre extremadamente piadoso que, según es fama, obraba milagros. Se dice de él que sanó a un ciego y también a un tullido y que hizo brotar agua de una peña dando así origen a la fuente que aún puede verse junto a la ermita que lleva su nombre al otro lado del Manzanares. El milagro más famoso de la vida de San Isidro no podía por menos de tener relación con su oficio de labrador. Mientras él estaba en oración, unos ángeles bajaron del cielo y araron el campo que tenía a su cargo. Hay quien dice que no es que el buen labrador estuviera en ese momento en oración, sino que estaba durmiendo y que, cuando Juan de Vargas fue a despertarle para recriminar al criado su vagancia, se encontró con que el campo estaba arado.

La historia de Isidro Labrador demuestra hasta qué punto la santidad es «contagiosa» porque su esposa, Santa María de la Cabeza, nacida en el pueblo madrileño de Torrelaguna, también obraba milagros. El más famoso de los que hizo es de un estilo, podríamos decir, muy madrileño. Un día, viajando los esposos de Torrelaguna a Madrid, se encontraron con que el río Jarama venía muy crecido. Ni corta ni perezosa, María de la Cabeza se quitó la mantilla y la echó sobre las aguas. Y la mantilla sirvió de puente por el que Isidro y María pudieron cruzar el río.

Aún quedan en la ciudad algunas iglesias, San Pedro el Viejo, San Nicolás de los Servitas o la Ermita de Santa María, en el cementerio de Ca-

rabanchel, que conservan en su arquitectura construcciones de templos que anteriormente pudieron ser mezquitas, y que existían ya en los primeros siglos del Madrid cristiano. La ciudad, que obtuvo su Fuero bajo Alfonso VII en 1202, fue durante mucho tiempo un burgo dependiente de la jurisdicción de Segovia. Los musulmanes la atacaron sin éxito varias veces, y la ciudad creció considerablemente en esa época. En la historia medieval de Madrid aparece un curioso personaje, protagonista de un episodio novelesco. Es un rey de Armenia, León I, que había sido despojado de su reino por el sultán turco y que se acogió a la generosidad de Juan I de Castilla. El errabundo León I fue a Burgos a rendir pleitesía a su liberador. Viéndole desterrado, viejo y enfermo, vagando por Castilla como una alma en pena, Juan I nombró a León de Armenia Señor de Madrid. El extraño señorío se prolongó durante dos años en los que el curioso personaje demostró ser un buen alcalde porque reparó los muros del Alcázar y confirmó los privilegios de la villa. Por alguna razón desconocida marchó después a París, donde murió en el año 1390.

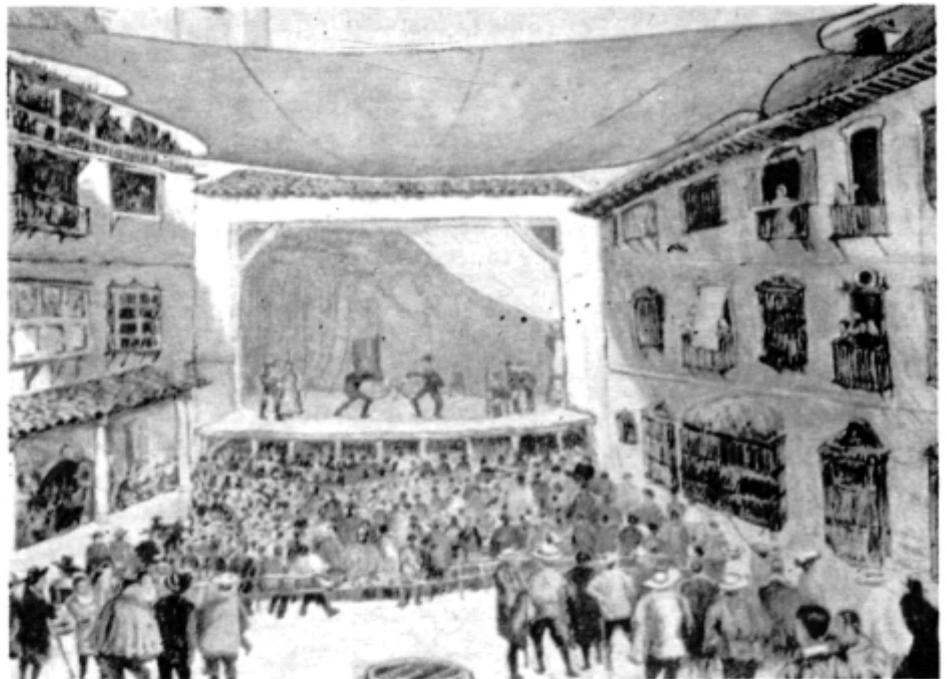
Se ha venido diciendo, demasiado a la ligera, que Madrid había sido simplemente un pueblo antes de convertirse en capital de España. Algo de burgo moro, de «poblachón manchego», como decía en nuestra época don Pío Baroja, sí tuvo Madrid y aún conserva algo en sus costumbres a pesar del crecimiento que ha experimentado en nuestra época. Pero la realidad histórica es que durante la Baja Edad Media y en el Renacimiento fue ya ciudad importante, frecuentemente visitada por los reyes. En la época de los Trastámara se construyó el Alcázar sobre el «famoso castillo» de la época árabe. Los Reyes Católicos celebraron Cortes en Madrid. De su época datan el Hospital de La Latina, fundado por la culta amiga de la Reina Isabel, doña Beatriz Galindo, a la que se daba este sobrenombre, y el templo de San Jerónimo el Real, donde se han venido celebrando desde entonces las bodas de los reyes. Carlos I mandó restaurar y ampliar el Alcázar Medieval, con una construcción cuya maqueta puede verse en el Museo Municipal. Este edificio ardió en los primeros años del siglo XVIII, y en su solar se construyó el actual Palacio Real.

Pero el gran desarrollo de Madrid se produjo cuando, en 1561, el rey Felipe II fijó aquí su capital. El rey no tomó nunca la decisión oficial de dar a Madrid la capitalidad de sus reinos. Por entonces no existía un concepto de capitalidad tan claro como el que surgió en tiempos posteriores. La capital del Reino estaba en el lugar donde se encontraba el rey en cada momento. La ciudad importante en aquella época era Toledo, pero la participación y protagonismo de Toledo en la Guerra de las Comunidades contra el Emperador Carlos pudo hacer que su hijo Felipe II mirara con recelo la idea de establecer su Corte en la ciudad del Tajo. Se han dedicado libros enteros a estudiar las razones por las cuales fue Madrid la elegida. Una de las de más peso fue probablemente la proximidad de El Escorial, la obra que acaparó toda la atención del rey Felipe II y el lugar donde él deseaba fijar su residencia. El establecimiento de la Corte y de la Administración en Madrid hizo que en pocos años se ampliara considerablemente el recinto de la villa y se triplicara su población. Junto con los personajes relacionados con la Casa Real y las familias nobles que trasladaron a Madrid su residencia, llegaron también las órdenes religiosas, así como los militares, abogados, comerciantes, artesanos y artistas decididos a ejercer sus oficios y profesiones al servicio de la monarquía.

En Madrid nacieron ya escritores como Lope de Vega, Francisco de Quevedo, Pedro Calderón de la Barca o María de Zayas y Sotomayor; ar-

arquitectos como Juan Bautista de Toledo y pintores como Claudio Coello y Juan Pantoja de la Cruz. Otros vinieron de fuera, como los arquitectos Juan de Herrera, constructor del Monasterio de El Escorial, que hizo aquí el Puente de Segovia sobre el Manzanares, o Juan Gómez de Mora, autor de numerosos edificios del Madrid de los Austrias y proyectista de la Plaza Mayor.

El viajero podrá pasear por el Madrid de los Austrias y visitar, por ejemplo, el Monasterio de las Descalzas Reales, fundado por el rey Felipe II para su hermana doña Juana, viuda del rey de Portugal y donde, en el curso de los siglos, se han acumulado importantes tesoros artísticos; el Convento de la Encarnación, de la época de Felipe IV, o bien el Ministerio de Asuntos Exteriores, que en tiempos fue Cárcel de Corte. Este es el Madrid que conoció Miguel de Cervantes, nacido en Alcalá de Henares, pero que pasó aquí parte de su vida y, según se cree, fue enterrado en el Convento



Teatro del Príncipe (o Corral de la Pacheca), hacia 1660. Ardió en 1802 y en su lugar, Juan de Villanueva levantó el actual teatro Español. (Grabado de J. Comba).

de las Trinitarias. Este Convento se encuentra en el barrio antiguamente llamado de Cantarranas, que es uno de los de mayor prosapia literaria de Madrid. Es el comprendido entre la Carrera de San Jerónimo y la calle de Atocha, y allí se encuentra no sólo lo que se dice que fue el lugar de la tumba de Cervantes, sino también la casa donde nació Francisco de Quevedo y la casa de Lope de Vega. El viajero comprobará, por cierto, la curiosa circunstancia de que el lugar de enterramiento de Cervantes está en la calle que lleva el nombre de Lope de Vega, mientras que la casa del dramaturgo está en la calle de Cervantes. En la próxima Plaza de Santa Ana, presidida por una estatua de don Pedro Calderón de la Barca, se encuentra el Teatro Español, en cuyo solar estuvo el llamado Corral de Comedias del Príncipe, donde, en el siglo XVI, se representaron los famosos «Pasos», de Lope de Rueda, y posteriormente muchas de las obras del repertorio del teatro clásico español. El edificio del Corral de Comedias ardió en 1802, y en su lugar construyó Juan de Villanueva el actual teatro.

No lejos del barrio de Cantarranas, en la calle de Atocha, puede visitarse el edificio donde estuvo la imprenta de Juan de la Cuesta, de la que salió la primera edición del Quijote.

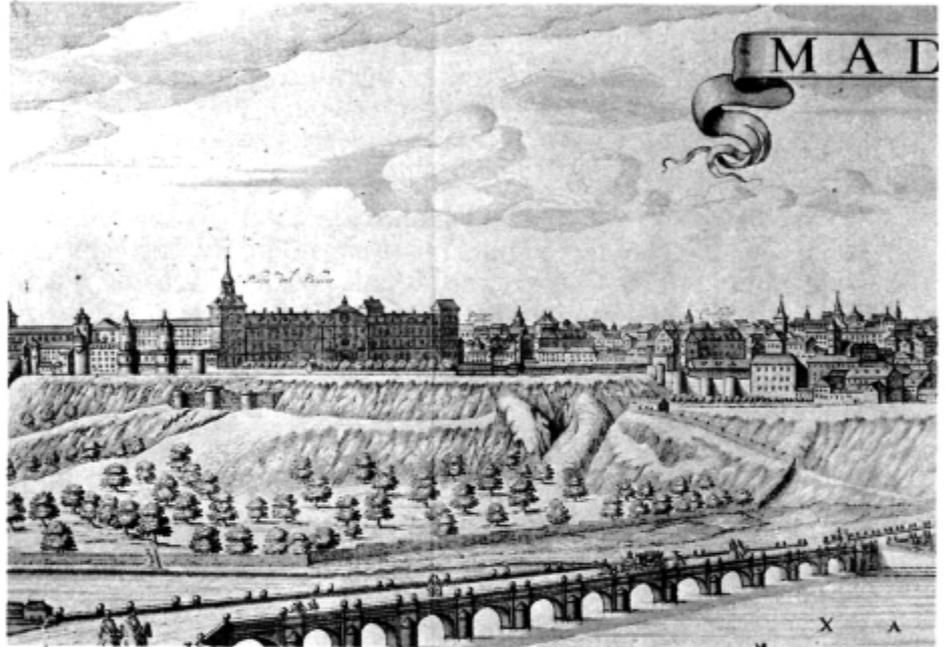
De aquel Madrid que creció desordenadamente y que multiplicó su población con la llegada de gentes de toda España surgió buena parte de la novela picaresca, la poesía del Barroco y el teatro del Siglo de Oro. Los reyes de la dinastía de los Austrias fueron grandes protectores de las artes. Propiciaron el surgimiento de la gran pintura española y reunieron importantes colecciones de arte que más tarde habían de constituir el fondo del Museo del Prado. Con Felipe IV, el rey poeta, llegó a la Corte el sevillano Diego Velázquez, que tuvo su estudio en la galería superior del viejo Alcázar. Desde los balcones del actual Palacio Real puede contemplarse hoy el soberbio paisaje de la Casa de Campo y la Sierra del Guadarrama que sirvió de fondo a muchos de sus cuadros.

En el Madrid del siglo XVII tuvo lugar el episodio romántico **avant la lettre**, de los amores del Conde de Villamediana, misteriosamente asesinado en Madrid. Por los «mentideros» de la capital, el más famoso de los cuales estaba en las gradas de la iglesia de San Felipe en lo que es hoy la Puerta del Sol, circuló la versión de que el asesinato de Villamediana había sido ordenado por el rey. Los mentideros eran lugares de reunión que difundían con tal celeridad las noticias de lo que ocurría en la Corte que solía decirse que esas noticias llegaban a ellos antes de que sucedieran los hechos. En los días precedentes al crimen, el conde había salido a las calles de Madrid llevando en el escudo un mote que decía «Son mis amores» junto al cual aparecían pintados unos reales de vellón, la moneda de la época. Cuentan que Felipe IV, cuando lo supo dijo, aludiendo a los reales: «¡Pues yo se los haré cuartos!». Sea o no cierto que Villamediana pretendiera en amores a la reina Isabel o que el rey fuera quien ordenase vengar la ofensa, la verdad es que en Madrid nadie dudó de ello. Don Luis de Góngora, que estaba encones en la Corte y que era muy amigo de Villamediana, immortalizó el episodio en esta bella décima que al día siguiente repetía todo el mundo:

Mentidero de Madrid
decidme: ¿Quién mató al Conde?
Ni se sabe ni se esconde más, el caso discurrid.
Dicen que le mató el Cid
por ser el Conde lozano;
disparate chabacano,
la verdad del cuento ha sido
que el matador fue Bellido
y el impulso, soberano.

Los acontecimientos del día daban a los ingenios de la Corte ocasión propicia para manifestarse. Y uno de los asuntos que más provocaron a los poetas satíricos de la época fue la construcción por parte de Juan de Herrera del inmenso Puente de Segovia sobre el exiguo río Manzanares. Era una obra necesaria, teniendo en cuenta las crecidas que sobrevinían en años de lluvia, como aquella que describe Vicente Espinel en su **Vida del escudero Marcos de Obregón**. Pero la desproporción entre la «Puente Segoviana» y la «esperanza de río», como llamó Lope al Manzanares, suscitó las constantes burlas de los poetas. En nuestros días el río de Madrid ha sido canalizado y represado, y sus purificadas aguas crían peces y patos. En el siglo XVII no era más que una mísera corriente, un «arroyo,

aprendiz de río» como dijo Quevedo, un paradigma del «quiero y no puedo» fluvial, en una época en que Madrid acababa de ser proclamada capital de dos mundos. Pero si el Manzanares no llevaba mucha agua, siempre llevó mucha y buena literatura. Viendo la Puente Segoviana sobre sus orillas, Lope de Vega aconsejaba a un corregidor de la villa que «comprara un río o vendiera un puente». Castillo Solórzano lo llamó, con mayor desprecio que el Manzanares merece, «charco ambulante». Don Luis de Góngora, cordobés que nunca se llevó bien con Madrid, dedicó al Manzanares un envenenado soneto que comenzaba:



El río Manzanares, el puente de Segovia y el antiguo Alcázar en el siglo XVII. (Grabado de J. Milheuseur, Museo Municipal).

Duélete de esa puente, Manzanares,
mira que por ahí dice la gente
que no eres río para media puente
y que ella es puente para treinta mares.

y terminaba con aquel inclemente diagnóstico contra la pobre condición fluvial del Manzanares:

Bebíome un asno ayer y hoy me ha meado.

Tirso de Molina describe en un romance la condición «estudiantil» del río:

Como Alcalá y Salamanca
tenéis, y no sois colegio,
vacaciones en verano
y curso, sólo en invierno,

Se le llama en las comedias «Manzanarillos», arroyo «con mal de piedra» que sólo de noche pasa por río. Quevedo lo satiriza en letrillas:

Más agua trae en un jarro
cualquier cuartillo de vino...

y le hace hablar de su condición de río de secano:

Tiéneme del sol la llama tan chupado y tan sorbido
que se me mueren de sed
las ranas y los mosquitos.

En un soneto famoso, Lope de Vega le hace quejarse de la inmensa
puente que sobre él se ha construido:

Quítenme aquesta puente que me mata,
señores regidores de la Villa,
miren que me ha quebrado una costilla
que, aunque me viene grande, me maltrata.

Góngora da al río por difunto con la suprema gracia de su arte:

Señora doña Puente Segoviana
cuyos ojos están llorando arena;
si es por el río, muy en hora buena,
aunque estás para viuda muy galana.

En su novela **El Diablo Cojuelo**, Luis Vélez de Guevara dice que «el
Manzanares se llama río porque se ríe de los que van a bañarse en él, no
teniendo agua, que solamente tiene regada la arena». Y añade, para de-
mostrar lo concurrido de sus orillas, que es «el más merendado y cenado
de cuantos ríos hay en el mundo». El mismo autor comenta que «en los
baños del Manzanares, los Adanes y Evas de la Corte, fregados más de
la arena que limpios del agua, decían el **lte, río es**». Un crítico, Rodríguez
Marín, interpretaba que, con este macarrónico «**lte, río es**», Vélez de Gue-
vara aludía al «**lte, missa est**», como si dijera: «Se acabó el río», porque
la poca agua que en el río quedaba se la llevaban los bañistas en las sá-
banas con que se enjugaban.

El lugar preferido de los madrileños en las riberas del río era la Florida,
desde mucho antes que Goya pintara aquel paraje. En una de sus come-
dias, Calderón describe el bullicio de la orilla del río al que sólo falta una
cosa:

país tan hermoso y vario
que para ser la Florida
estación de todo el Orbe,
la más bella, hermosa y rica,
sólo falta el río al río;
mas ya es objeción antigua.

Las sátiras del Manzanares continuaron en épocas más modernas. Un
cronista cuenta que Fernando VII lo mandaba regar cuando quería dar un
paseo por sus arenales. Ventura de la Vega ironizaba a su costa:
que de sed mueren los olmos

de la falta de personal especializado y
ciencias en los suministros en algunas ocasiones,
becimientos y suponen un preocupante aumento de

con demoras e insu-
crean enormes entor-
los coste

ner, afirmó que el Manzanares era el mejor río del mundo porque era «navegable a caballo».

Nuestro paseo cultural por el Madrid de los Austrias no puede dejar de lado un precioso monumento que se encuentra en el barrio antiguo de la ciudad, en la Plaza de la Paja, junto a la Iglesia de San Andrés. Me refiero a la llamada Capilla del Obispo, cuyo retablo es obra de Francisco Giralte. Pero en seguida pasaremos del Madrid renacentista y barroco de los Austrias al neoclásico de los Borbones, cuya llegada, en el siglo XVIII, marca otro de los grandes momentos del desarrollo urbanístico y cultural de la ciudad. Aquí, Madrid se hace un poco italiano y francés. Felipe V inicia, después del incendio del viejo Alcázar, la construcción del Palacio Real, que terminará su hijo Carlos III. Arquitectos italianos como Sachetti, Juvara y Sabatini trabajan en Madrid, mientras surgen arquitectos españoles como Ventura Rodríguez, José de Hermosilla o Juan de Villanueva. Se construyen durante el siglo el Museo de Historia Natural, donde finalmente se instalaron las colecciones del Museo del Prado, el Observatorio Astronómico, la Casa de la Aduana, actual Ministerio de Hacienda, y la Puerta de Alcalá, que se ha convertido en uno de los símbolos de Madrid. Se abre también el amplio Paseo del Prado, decorado con las fuentes de la Cibeles.

que sus onías guarnecer
y que, él mismo, al agua
pide paraguas si llueve.

Los viajeros extranjeros
cuenta, por ejemplo, que
dio vaso de agua que

extraño,

os se contagiaron de este espíritu burlesco. Se
Alejandro Dumas ofreció al Manzanares el me-

Antes de la llegada de los Borbones, pintores como Mengs y Juan Bautista Tiépolo, decorador del gran salón del Trono del Palacio Real. Bajo Carlos IV llega a Madrid Francisco de Goya, que se convierte en el mejor de los intérpretes tanto del mundo cortesano como de la vida popular de la ciudad. La música, con la presencia de Domenico Scarlatti y Luigi Boccherini en Madrid tiene también un cierto auge en esta época.

También en el reinado ilustrado de Carlos III se fundó el Gabinete de Historia Natural, embrión del actual Museo de Ciencias Naturales. Había reunido sus primeras colecciones un ecuatoriano de la ciudad de Guayaquil, llamado Pedro Franco Dávila, en un «Catálogo sistemático y razonado de curiosidades de la naturaleza y el arte». Entre los objetos que consiguió reunir habla troncos de árboles petrificados, instrumentos matemáticos y astronómicos antiguos, dientes de cocodrilo, piedras de imán, pájaros disecados, esqueletos de animales, medallas antiguas, mariposas de China, vestidos y armas de tribus indias americanas, antigüedades romanas, colecciones de estalactitas y otros muchos objetos. Después de muchas vicisitudes, Franco Dávila consiguió que Carlos III le nombrara director del Gabinete. Sus colecciones se conservan hoy en el Museo de Ciencias Naturales, constituyendo uno de los fondos antiguos más importantes de la museología de Europa.

Una de las más importantes realizaciones científicas de esta época fue el Real Jardín Botánico, creado por Fernando VI, y que Carlos III mandó trasladar a su actual emplazamiento en el Paseo del Prado en 1781. El jardín fue diseñado por el arquitecto Juan de Villanueva, el ingeniero Tadeo Calceolaro y el botánico Gómez Ortega. Se reunieron allí variadísimas especies de todo el territorio de lo que entonces era el Imperio Español, recogidas por las expediciones de ilustres botánicos como Celestino Mutis, Hipólito Ruiz, José Pavón, Martín Sesé, José Mozíño, en el siglo XVIII, y con Zea, Lagasca, Leem y otros, en el XIX. Desde su fundación hasta nuestros días, el Jardín Botánico ha pasado por numerosas vicisitudes. Actualmente po-

see una vasta colección de plantas vivas, una gran biblioteca, así como un Herbario Histórico que se cuenta entre los más importantes de Europa.

De la misma época datan las academias: la Española de la Lengua, la de Bellas Artes de San Fernando, la de la Historia, así como el núcleo inicial de lo que llegaría a ser la Biblioteca Nacional. Las recepciones de los académicos electos son hasta hoy acontecimientos de la vida cultural madrileña. La Biblioteca Nacional fue fundada cuando, terminada la Guerra de Sucesión, que dio el triunfo a la dinastía borbónica, Felipe V ordenó la creación de una biblioteca pública en palacio. Ya por entonces se dispuso que los autores y libreros debían entregar a la Biblioteca un ejemplar de todos los libros que publicaran. Un precedente del actual depósito legal. A mediados del siglo XIX, enriquecida ya la Nacional con donaciones, incautaciones y compras de otras bibliotecas, dejó de ser propiedad de la Corona y pasó al gobierno, comenzándose las obras del nuevo edificio diseñado por Francisco Jareño en el Paseo de Recoletos. En este edificio, que entró en servicio a finales de siglo, se conservan nueve millones de lo que en el lenguaje bibliotecario se llaman «documentos», entre los que hay cinco millones de volúmenes; tres mil incunables, es decir, libros impresos antes de 1501; cien mil libros de los que los bibliófilos denominan «raros y curiosos»; veintidós mil manuscritos; quince mil dibujos; sesenta y cinco mil mapas; ciento treinta mil partituras. Estas cifras, que aumentan a una «velocidad» de ciento veinte mil títulos al año, no dan más que una idea superficial de lo que es esta biblioteca, que, con toda razón, ha sido llamada «la memoria de los españoles». Su importancia no reside tanto en su magnitud y en el elevado número de ejemplares que hay en sus cien kilómetros de estantería como en los tesoros que contiene. El «Beato» del siglo X procedente de San Millán de la Cogolla vale por toda una biblioteca, y lo mismo puede decirse de la *Cosmografía* de Ptolomeo, del manuscrito del *Cantar del Mío Cid*, de los manuscritos de Leonardo da Vinci, los códices medievales, los libros de Horas de Isabel la Católica o del Emperador Carlos, el *Diario de Navegación* de Cristóbal Colón, los manuscritos de los escritores españoles del Siglo de Oro, los incunables de Gutenberg y Aldo Manuzio o la primera edición del *Quijote*, impresa en Madrid en 1605.

El siglo XIX, pródigo en luchas entre liberales y absolutistas, en revoluciones y cambio de régimen, no fue, sin embargo, para Madrid y para la cultura de Madrid una época estéril. Fue el gran siglo del periodismo, con la figura extraordinaria de Mariano José de Larra y también el de la novela, con la de Benito Pérez Galdós, a quien, aunque no era de Madrid, pues había nacido en Las Palmas de Gran Canaria, se puede llamar el novelista de Madrid porque, como ningún otro escritor, supo dejar constancia de la vida de la ciudad. Aún podrá el viajero ver, en la calle de Santa Clara, la casa donde se suicidó Larra o seguir en la ciudad la «ruta galdosiana», que necesariamente habrá de pasar por la Plaza Mayor, en una de cuyas casas vivía Fortunata, la protagonista de la más madrileña de las novelas de Don Benito.

La vida literaria del siglo XIX tuvo su institución fundamental en una inmemorial costumbre española: la tertulia. Desde que a finales de la centuria anterior, don Nicolás Fernández Moratín había fundado la que se celebraba en la Fonda de San Sebastián, los poetas, literatos y artistas, y también los revolucionarios de la época, empezaron a reunirse en tertulias en botillerías y cafés. Por el Café del Príncipe, más comúnmente llamado El Parnasillo, y también por el Café del Sólito, el del Morenillo o el de Vene-

cia pasaron escritores, poetas y artistas románticos como Larra, Espronceda, Zorrilla, los Madrazo, Bretón de los Herreros, Hartzzenbusch, García Gutiérrez o don Ramón de Campoamor. Desde entonces no ha podido concebirse la vida artística y literaria de Madrid sin la existencia de las tertulias. También la generación del 98, así bautizada por Azorín y de la que formaban parte Miguel de Unamuno, Ramiro de Maeztu, Antonio Machado, Ramón del Valle-Inclán y otros muchos, nació, según algunos autores, en una tertulia, la del Café de Madrid, situado en la calle de Alcalá, muy cerca de la Puerta del Sol. Ramón Gómez de la Serna, uno de los mejores intérpretes que ha tenido Madrid, hizo famosa la tertulia de Pombo. Y hubo muchas otras. En nuestros días, después de una época de relativa decadencia, la tertulia ha vuelto a resurgir con fuerza. Muchos de los viejos cafés desaparecieron pero quedan aún algunos de los que tuvieron y tienen tertulias ilustres como el Lyon, el Comercial y, sobre todo, el Café Gijón, que ha cumplido ya con creces un siglo. Para dar una idea de la importancia que la tertulia ha tenido en la vida cultural de Madrid y de España bastará decir que fue en la tertulia de la Granja El Henar donde el filósofo Ortega y Gasset fundó la Revista de Occidente, uno de los máximos órganos de expresión del pensamiento español contemporáneo. También El Ateneo, institución fundada en la primera mitad del siglo XIX y que tuvo una gran influencia en la vida literaria y política del país, contó siempre con importantes tertulias. Y de las tertulias de Madrid surgió en buena medida la floración literaria que se produjo en el primer tercio de nuestro siglo y que se ha llamado «la Edad de Plata» de la literatura española.

Nuestro paseo cultural por Madrid no puede dejar de hacer un alto en un lugar emblemático para la historia y el presente de la ciencia española. En la colina que en tiempos se llamó Cerro del Viento y más tarde Altos del hipódromo, entre la Castellana y la calle Serrano, se había construido ya a finales del pasado siglo el edificio donde tiene hasta hoy su sede el Museo Nacional de Ciencias Naturales. A partir de entonces surgió en «la Colina de la Ciencia» una serie de edificaciones promovidas por la Junta de Ampliación de Estudios, destinadas a albergar diversos institutos científicos. En esta «Colina de los Chopos», como la llamó el poeta Juan Ramón Jiménez, se creó también una institución que iba a tener gran importancia en la historia cultural y científica de España, la Residencia de Estudiantes. Entre los residentes figuraron, por dar unos pocos nombres, Federico García Lorca, Luis Buñuel, Rafael Alberti, Salvador Dalí, y otros muchos escritores, intelectuales y artistas de la época que, junto con sus compañeros dedicados al estudio de las ciencias, asistían a las conferencias de Albert Einstein, Madame Curie o Arthur Eddington o bien a los conciertos de Maurice Ravel, Darius Milhaud, Igor Stravinsky o Manuel de Falla. La Residencia de Estudiantes continúa existiendo y ejerciendo sus actividades en nuestros días dentro del organismo sucesor de la Junta, el Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

A mediados del siglo XIX se trasladó a Madrid la Universidad Complutense, una de las de mayor antigüedad y tradición de España. Había sido fundada a comienzos del XVI en Alcalá de Henares, la Complutum de la época romana, y de ella surgieron obras de tanta trascendencia como la Biblia Políglota o la Gramática de Antonio de Nebrija, la primera gramática que se hizo de una lengua romance. A principio de nuestro siglo se comenzó la construcción de la Ciudad Universitaria, y se ha ido ampliando hasta nuestros días. Posteriormente fueron fundadas en la región de Madrid otras tres Universidades que, junto con la Complutense, imparten hoy enseñanza a más de doscientos mil estudiantes.

La vida cultural de la ciudad es actualmente muy intensa. Ciudad teatral por tradición, Madrid no ha dejado nunca de acudir al teatro. El tiempo de que normalmente dispone un ciudadano no le permite asistir a todos los espectáculos públicos que puedan interesarle en la cartelera que hoy ofrece Madrid. Los actos culturales, presentaciones de libros, coloquios, conferencias —aquí se dice que «en Madrid, a las siete de la tarde, o das una conferencia o te la dan»—, obligan a los periódicos a incluir en sus páginas una amplia relación de «convocatorias».

El amante del arte no dará abasto a ver lo que hay. La apertura de centros como el Reina Sofía, las exposiciones especiales que organizan los museos, la proliferación de Galerías de Arte, hacen de Madrid una capital de la pintura. En materia de música, se ha dado en nuestra época un paso decisivo. La demanda de música clásica ha aumentado considerablemente y se ha visto satisfecha con la construcción del nuevo Auditorio. Se anuncia la remodelación del Teatro Real para representaciones de ópera que, mientras tanto, se celebran en el Teatro de la Zarzuela.

Madrid tiene en el Museo del Prado una de las primeras pinacotecas del mundo. El edificio fue construido por Juan de Villanueva por encargo de Carlos III para albergar el Gabinete de Historia Natural y convertido después, en 1819, en Real Museo de Pintura y Escultura. Pero se llevaría una idea incompleta de las obras de arte que existen en la ciudad quien no visitara también la extraordinaria colección de Las Descalzas Reales, la Academia de Bellas Artes de San Fernando o los museos Cerralbo y Lázaro Galdiano. O bien, en lo que se refiere a la pintura moderna, el de Arte Contemporáneo. Existen también colecciones privadas de pintura como la del Palacio de Liria, perteneciente a la Casa de Alba, que pueden visitarse previa petición. Es interesante, para la historia de Madrid, el Museo Municipal y hay además una serie de museos especializados que van desde la Real Armería del Palacio Real, el Museo del Ejército o la Real Oficina de Farmacia hasta el de la Fábrica Nacional de Moneda, el Museo Naval o el Museo Ferroviario. Especial interés tiene el Museo Arqueológico Nacional, con sus colecciones de Prehistoria y arte ibérico, romano y visigodo. Los interesados podrán ver en la Plaza Monumental de las Ventas el Museo Taurino, una curiosa colección de historia y arte de la tauromaquia.

Un escritor del siglo XX, gran renovador de los estilos literarios, contaba en uno de sus libros que, en una ocasión, mientras él contemplaba la estatua de Calderón de la Barca en la Plaza de Santa Ana, se le acercó un hombre y le preguntó: «¿Quiere usted que le recite unos versos de este señor?». El pueblo de Madrid supo siempre acoger y comprender a sus escritores y a sus artistas. El lenguaje popular influyó decisivamente en la obra de los literatos de todas las épocas y, a su vez, se vio influido por ellas. No se entendería el estilo barroco de Francisco de Quevedo con sus expresivos circunloquios sin recordar que fue el lenguaje de los madrileños de su tiempo el que le dio la materia prima de su prosa. Ni se explicarían, sin esa referencia, al lenguaje vivo de la calle, las comedias de Lope, de Calderón o de Tirso de Molina, las obras de los Moratín, los artículos de Larra, las novelas de Galdós o la obra de don Pío Baroja, que dedicó a la vida de los «barrios bajos» madrileños una extraordinaria trilogía; ni, tampoco, algunas de las mejores piezas teatrales de don Ramón María del Valle-Inclán, la mayor parte de los libros del otro gran Ramón, Gómez de la Serna, o, para venir a nuestra época, la obra de Camilo José Cela, Juan García Hortelano, Francisco Umbral y otros escritores que, sin

caer en el «madrileñismo», han encontrado en esta ciudad inspiración para su literatura.

Hasta a los filósofos inspiró la vida urbana madrileña. El pensador Ortega y Gasset contaba la inquietud filosófica que le proporcionaba oír en el tranvía la voz del cobrador gritando: «¡Cuatro Caminos!», al llegar, la Plaza de este nombre, porque esto le hacía darse cuenta de la variedad de soluciones que se ofrecían al problema filosófico que entonces le preocupaba. «¡Y todo por los diez céntimos que costaba el trayecto!», comentaba don José. Uno de los méritos de Ortega es que la profundidad de su pensamiento, la exquisitez de sus gustos no le hicieron alejarse nunca de lo cotidiano. Su prosa está llena de expresiones populares, castizas a las que él supo dar un contenido filosófico.

La cultura de Madrid no fue nunca cultura de «torre de marfil». Tuvo siempre mucho de cultura oral, la cultura de ágora de los pueblos del Sur y salió a la calle en busca de alimento cultural. Las ideas, lo mismo que la inspiración artística, no surgen de la soledad del cuarto de trabajo, sino que transitan por la calle, viajan en el metro, o se sientan en los divanes de los cafés. En tertulias y cenáculos encuentran los periodistas y los escritores los elementos de su trabajo. Madrid tiene una vida callejera que excede con mucho a la de otras ciudades europeas. Se dice que el único negocio que en Madrid funciona es el del restaurante, el café o la taberna. En su época, don Benito Pérez Galdós contó ochenta y ocho tabernas solamente en la calle de Toledo. La cultura de la ciudad no pasa sólo por las bibliotecas o los museos, por la Universidad o por el Ateneo, sino también por los cafés y las tabernas. A pesar de que el crecimiento de Madrid ha hecho desaparecer muchos de estos viejos establecimientos, son aún muchos los que quedan abiertos, manteniendo una tradición a menudo centenaria. Habrá en efecto pocas ciudades en las que viejas posadas del siglo XVIII, como las que en la Cava Baja llevan los nombres de la Posada del Dragón, la del León o la del Segoviano, sigan hospedando a los viajeros. El restaurante de Botín tuvo sus orígenes en el siglo XVII. Lhardy, fundado por un suizo en el primer tercio del siglo XIX, sigue manteniendo su original decoración. La Taberna de Antonio Sánchez, decorada con frescos de mediados del XIX que representan a toreros de la época, ha rebasado ya el siglo y medio de existencia.

Lo culto y lo popular se entremezclan en Madrid, o si se quiere, son dos manifestaciones de una misma cultura. Es esta ciudad muy literaria, capaz de provocar mucho y buena literatura. En la ciudad agobiada de hoy, hay que hacer a veces un esfuerzo para apartar de la visión de Madrid lo que tiene de prosaico. Pero en cuanto se ha limpiado el vaho que empaña el cristal, en seguida se ve que la ciudad rezuma literatura y arte, invitándonos a un viaje por el Madrid de la cultura.